

## Testimonio

# Marcelino Legido

**E**l Cubo de Don Sancho es un pueblecillo de Salamanca cerca de Portugal, entre fincas donde se solazan los toros bravos de algunas ganaderías importantes; es la España profunda, la verdaderamente expoliada y arruinada, tanto que ni voz tiene para pregonarlo, esa Castilla la Vieja, vieja, desvitalizada, abandonada, mantenida en la UVI de las pensiones de Vejez, el trabajo campesino, los enfermos y las gentes sin posibilidades. Allí está metido Marcelino Legido va ya para un cuarto de siglo. Hasta allá ha llegado también nuestro magnetófono, que resume ahora fragmentos de una charla suya a las cuatro gentes de su entorno.

Si os preguntara sobre la certeza mayor que tenéis, a lo mejor es: «el mercado es intocable; si no entramos en el mercado no podemos vivir». Pero al decir esto estamos afirmando que el mercado es una lucha, que la aventura humana es una pelea, y la historia una pirámide con unos dientes muy grandes arriba con los que se come a los de abajo. Desde Caín y Abel, para dirigir la pirámide se usa un reloj, cuyas piezas son los hombres; los que están arriba en la pirámide dan cuerda al reloj, situando. Así el engranaje en todos los imperios. Hace un siglo se montó un reloj especial en la revolución comunista hasta que el reloj señalara la hora de la justicia. Y esto se conseguiría por un poder fuerte, dando vueltas de tuerca desde arriba, porque las piezas por sí solas no se ajustan en la justicia. La filosofía de fondo era: «Hay que darse para serse forzosamente». Entonces, ¿por qué cae el muro de Berlín? Porque en este intento de montar un reloj nuevo las piezas ya no eran personas, el problema que quedaba pen-

diente en la revolución comunista no era tanto el bien común como la persona.

Y entonces, viene otra aventura, la *revolución de la libertad*, cuya estructura se presenta como un semáforo. Aquí lo que parece que cuenta es el individuo, o sea, cada uno a lo suyo, rojo verde, medio rojo, medio verde. Pero uno se pregunta: ¿habrá secretamente un reloj detrás del semáforo? ¿Qué tiempo duran el rojo, el verde, el ámbar? ¿Quién dirige el semáforo? ¿A ver si hemos hecho una trampa y hemos puesto un reloj tras el semáforo! No la libertad de la persona, sino *la libertad del individuo*. Aquí la filosofía es «*serse para darse*», tienes que ser tú mismo para poderte dar; lo que importa es que seas tú mismo. Serse, serse. Es la manera de entender el hombre en el pensamiento griego, la *autonomía para serse* uno a sí mismo, cuya cristalización política es la *democracia*, el votar a ver qué colores tenemos que dar a la calle, delegando nuestra libertad en los que secretamente dirigen el semáforo para que vayan ellos marcando con su reloj la marcha de nuestra andadura...

*La autonomía helénica... A Marcelino se le quiere bra allá abajo algo hondo. ¿Cómo podría él olvidar su doctorado sobre el demiurgo en Platón, sus estudios filológicos clásicos; ese griego necesario para hablar a las gentes humildes, no sólo para enseñar en la Academia?*

Pero como no hay bien común, no hay justicia, el hombre se destruye a sí mismo. El *individualismo* destruye la persona. Estamos asistiendo a una cosa terrible y es que el hemisferio

sur se mancha cada vez más de sangre y el hemisferio norte, de basura. En el hemisferio sur, lo terrible es la sangre vertida y en el norte, el basurero, que se agranda por momentos. Las cosas se solucionarían en esta sociedad tan bonita del bienestar, pero... ¿y si aumenta el paro?; ¿y si las multinacionales desplazan las industrias al sudeste asiático, por la mejor mano de obra?; ¿y si la nueva tecnología lanza al paro a la gente?; ¿y si los medios de comunicación social nos embarcan en el proyecto de las multinacionales, más irremediamente que la dictadura comunista todavía, porque meten su imagen en el corazón? Así las cosas, ¿no funcionaría todo si quitamos el semáforo de la calle y dejamos las manos libres *al capital* privado, que es el que organiza mejor la calle? Además, el capital es cariñosísimo, porque crea riqueza, y si aumentamos la tarta, la repartiremos y tocaremos a más. Si funciona el dinero del jefe, el personal tendrá dinero. Está dando un giro la organización social con una nueva forma de reloj en la cual el capital privado de las multinacionales marca la pauta del mercado, dejándonos ya de democracias, de elecciones y de partidos, porque parece como que con todo esto de los partidos, quien gobierna de verdad son las multinacionales. Pues dejémoslas sus manos libres para que no se marchen al sudeste asiático. Hemos cambiado de filosofía; en lugar de *serse para darse*, «*darse para serse*». Uno hace feliz a los demás para ser muchísimo más feliz él. Uno tiene dinero, crea puestos de trabajo para tener mucho más dinero él. Es el rebalse del capitalismo brutal y despiadado. Siempre a cuentas con el *serse*. Crear riqueza para que uno sea, uno, bueno, los más pudientes, puedan llegar a ser ellos mismos. Y no siendo el hombre una bestia de carga, ni una pieza de reloj, se inventa una mística para que este mercado funcione, y la mística es la *divinización de la felicidad*: lo importante es la felicidad. Mercado y felicidad son intocables, si tienes dinero puedes ser feliz, aunque sea el fin de semana, porque —en términos griegos— hemos divinizado la euralimanía, la felicidad; y ahí está embarcada la humanidad, con esa seducción de la alegría camuflada de felicidad, de la libertad

camuflada con el dinero, del amor camuflado con el sexo libre. Un escaparate con flores: la divinización de la felicidad, el capital más fuerte que nunca, número uno, lo que cuenta es ser dirigente; el número dos es la pequeña herramienta de trabajo felicísima, tener un cacho de trabajo y un poquito de dinero, lo más que se pueda, porque «dame pan y llámame perro». Y, en todo caso, si nos movemos algo es para reclamar subvenciones, pero en torno al rebalse del dinero, con lo cual llegamos a algo que se llama el individualismo insolidario y satisfecho. Nuestros pueblos han entrado en un individualismo feo. Todos deseáramos tener nuestras afueras con cipreses, con un letrado que diga «ojo al perro». Pero me quedan dos preguntas: ¿qué hago con la sangre del hemisferio sur?, porque el capital brutal va a derramar mucha más sangre; ¿qué hago con la basura del hemisferio norte?, porque el capital brutal va a amontonar mucha más basura. El capital ya tiene prevista la solución a estas dos preguntas. ¿Cómo quitar la sangre? ¡Pues que no tenga hijos la gente, que tenga perros, que se lo pasa muchísimo mejor! Lo dice la reunión de El Cairo, ¿no?. Fácil solución: la sangre se borra; y el basurero se mete bajo tierra. Ya está.

Pero, ¿y si ensayáramos una filosofía nueva, que sería «*no serse para darse*»? ¡Darse gratis! ¿No habría llegado a nuestros pueblecillos el momento feliz de inaugurar una nueva existencia, una nueva comunidad, una nueva tierra y unos nuevos cielos? Y el no serse, ¿qué es?: *la nada*, la nada. Pero, ¿es que vale algo la nada? Pablo dice: ¡Claro que vale!, porque el Hijo no se fue para darse, no se hizo para darse; se vació, se perdió, se entregó. Por tanto, este nuevo camino no es una «nueva» filosofía, sino un camino que ya está abierto. El camino nuevo y vivo abierto para Él y para nosotros en el cual el hombre es mano abierta, herida y encendida. La Carta de Pablo a los Corintios dice que el Padre, en Su proyecto, ha elegido a la nada de este mundo para dejar paso a eso que se llama la «gracia», o sea, la gente que no vale, que no tiene dinero, que no tiene poder, que no tiene cultura, que está marginada, que está enferma.

En la nada, en el no ser, en *el basurero* es donde florecen las flores, no en los depósitos bancarios de Vitigudino. Es algo que está sembrado en el basurero y que crece sólo. ¡Ah! Esto realmente, sería algo extraordinario, algo extraordinario, el no serse, el desvivirse, no para recuperarse, sino para pasarse a otro y para que otros se sean y se pasen. ¡Ah!, realmente estaríamos inaugurando una página nueva del pensamiento y de la humanidad. Apasionante, ¿verdad? La imagen es muy sencilla: la mano abierta, herida y encendida ha roto el mercado, como un agujero en el muro. Esta brecha está abierta, y para pasar por ella lo que más vale es la nada de este mundo.

*Ya apareció el Pablo de Marcelino, el Pablo con que se doctoró de nuevo en la Universidad de Múnich, aunque —para indignación de todos— luego no enseñara en la Universidad, sino que lo trasladó a El Cubo...*

Si hiciéramos ese ensayo, ahora sí validaríamos la palabra de Pablo: «Si alguno es en Cristo, si alguno tiene la mano sobre la suya abierta, herida y encendida, es un hombre nuevo; lo viejo pasó, todo ha llegado a ser nuevo». Esto sería una brecha en el muro, que rompería el mercado, pero no como un reloj ni como un semáforo, sino como la *siembra* del grano de trigo, no dando un portazo a la puerta, ni una especie de desplante en la plaza de toros, ni un golpe a nadie, sino sembrándose uno. Esto es precioso, porque la tierra tiene una capacidad enorme de vida, la tierra está llena de vida, la humanidad está llena de vida, pero como no haya un grano de trigo que se rompa y se pudra y se muera —¡tiene que morirse!—, no habrá pan. Al sembrarse, al romperse, toda la fuerza de la tierra pasa al grano de trigo, y el grano de trigo la acoge, la transforma y se hace un puñado de granos de trigo. Esto es sobrecogedor, ¿verdad? Una siembra, una germinación; a mí esto me parece la primavera al amanecer. Es una caricia, un amor.

Las grandes transformaciones de la historia han venido así. Los grandes cambios que han roto la historia no vienen por el poder, porque

cuando das la vuelta a la pirámide viene otro y cuando pisas a uno con la bota coge el palo y se pone la bota encima de ti. *Una germinación.* ¿Se podría hacer en estos pueblecillos una germinación? ¿Sembrarse al corazón de la tierra de la historia, y toda esa vida, esas inquietudes, esperanzas, problemas de los hombres de hoy, convertirlos en un trozo de pan partido y blanco sobre la mesa, inaugurando una manera nueva de ser hombre, una manera nueva de vivir en comunidad, una manera nueva de trabajar, y de pensar, y de descifrarse a sí mismo? Claro que sí, ¿por qué no? Primero hay que abandonar el mercado para sumergirse más abajo de él, no fuera de él, sino mucho más abajo del mercado.

Hay varias maneras de sembrarse. Si, por ejemplo, tengo un grano de trigo y le dejo en la panera, este grano no se convertirá en pan blanco, porque no se ha sembrado. Por tanto, no será una respuesta, ni una brecha viva a la sangre derramada en Ruanda o en Bosnia o al hambre de América Latina; será un asunto personal o familiar, pero nada más. ¿Y si uno se queda sobre la tierra, sobrevolándola, caminando por encima, que es lo que nos pasa normalmente a nosotros? Tampoco es manera de sembrarse. ¿Y si yo me siembro en un envoltorio de plástico, que pueden ser perfectamente mis libros? Pues, ¡cómo voy a ir a coger el latido vivo de la tierra y transformarlo en pan blanco! Es imposible, porque germino en mi propio ambiente, con los míos, pero no puedo esperar que ese grano de trigo acoja las lágrimas de los negros africanos o de los pueblos asiáticos para transfigurar las lágrimas y los cantos en un cántico nuevo, porque estoy en mi envoltorio. ¿Y si me siembro en la tierra desnuda? ¡Ay! Si me siembro en *la tierra desnuda* ya sería mucho, porque entonces me pudro, me tengo que morir. Los escrituristas dicen que entre el grano de trigo que se pudre y la espiga no hay una continuidad, que el grano de trigo se muere verdaderamente, y lo que sale después es algo nuevo, completamente inesperado, una cosa milagrosa como lo es la vida misma.

Daos cuenta de que para que la vida germine tiene que empuñarse al máximo; fija-

os cómo germina la vida humana, empequeñeciéndose, escondiéndose al mal. Por tanto, un grano de trigo sembrado en la desnudez de la tierra ya lo creo que puede acoger esa vida de la tierra y transfigurarla en pan blanco. Pero, ¿y si un grano de trigo se junta con otro un poco mayor que tiene *heridas abiertas*? ¿Y si uno se siembra en las heridas de Jesús, en el propio terreno? ¡Ay entonces! Puede acoger los gritos y esperanzas, los latidos en sus heridas. En la historia humana ha ocurrido así. Las grandes brechas se han abierto con una vida, con un puñado de vidas, con dos vidas. ¿Y si hubiera en estos pueblos una o dos personas sembradas en sus heridas? Seguro que no lo podríamos adivinar nosotros mismos, sino que sería *una generación* que ya está germinando en otros lugares de la tierra, porque la primavera germina en otro sitio. Y a lo mejor esa siembra no sería más que una pequeña adivinanza, un gesto, una sonrisa, una nota de un canto o una sílaba de un verso que no completaremos nosotros, sino que se completará sabe Dios dónde y cómo.

Es una cosa en la cual cada uno tiene que tomar sus decisiones, sus caminos, pero el camino está abierto. A mí siempre me alegra mucho una parábola que se conserva en el texto de Marcos, la parábola de la *semilla que crece sola*: se siembra la semilla y crece sola; el labrador duerme, se levanta y sin saber cómo, la semilla crece sola. A mí me encanta la primavera, el amanecer, esa luz difusa de las seis de la mañana, de las cinco y media a seis; cuando empieza a amanecer, no cantan todos los pájaros, canta uno; después, al rato largo canta otro y luego viene un momento en que cantan todos ya cuando se levanta la mañana, al tiempo que se pone la lumbre, pero no con palos gordos que no arden, sino con palo pequeño, medio roto para que pueda arder. Es una cosa preciosa, ¿verdad? La semilla que crece sola.

Que nadie tema que esta germinación le va a quitar el poder. Es que no queremos el poder, no lo queremos, ni el dinero, ni la cultura, ni el saber, no lo queremos. Yo no lo quiero, la verdad. No, no, no... ¿vamos a disputar, a luchar a brazo partido a ver a quien tiramos del

mulo para sentarnos nosotros? No, porque volvemos a lo viejo y lo viejo ya pasó. Podemos reivindicar, podemos tirar a los pobres cosas desde arriba hacia abajo, o en Cáritas, o en las parroquias, porque eso lo ha hecho la Iglesia toda la vida, la beneficencia, o empujar para abajo reivindicando subvenciones y derechos. Es estupendo, y los que lo hacen me parece que son personas estupendas. Pero con eso no se rompe la dentadura de los dientes, tampoco se rompen las cadenas, ni se evita la sangre. Por tanto, hay muchos otros caminos que se pueden tomar. Aquí lo que estamos persiguiendo no es el camino de la reivindicación ni del rebalse. En el abismo de la nada, me parece que tiene que darse una creación nueva.

Y hay otra parábola que se conserva en la tradición sinóptica que a mí me encanta: la parábola del *grano de mostaza*. El grano de mostaza es la más pequeña de las semillas, pero cuando crece, se hace un arbusto y las aves se acogen a él. Esto podría ser lo nuestro, ¿no? Un grano de mostaza donde las aves en vuelo vienen, se cobijan en la noche y se van. Una cosa pequeña para que cualquier ave en vuelo hacia los nuevos cielos y la nueva tierra tuviera eso, un trozo de pan, un cancionero, un libro de filosofía. Esto ha devenido cada vez más ridículo y menos interesante, pero la verdad es que intentamos apasionadamente buscar una senda donde la gente no tenga que morir de hambre ni tengamos que avergonzarnos de ser hombres, sino que podamos cantar cada mañana al amanecer como la cantan todas las criaturas.

*Ya es primavera en el corazón de este enamorado de la primavera causa de Jesús. Marcelino al alba, Marcelino predicando itinerante la palabra y la vida por aquellos pueblos perdidos, Marcelino haciéndose arbusto, y pajarillo, y lirio y brote radical de vida, vida obrera y militante primero y más tarde también mística. ¿Habéis leído a los grandes místicos? Pues un gran místico leído se queda pequeño ante un místico vivo, aunque fuere más pequeño. Claro que hay místicos y misticoides. Pero quien ha conocido a un místico verdadero, por pecador que fuere, queda inmunizado contra el resto.* ■